

Coria y Sierra de Gata. Paisajes milenarios (1996), Patronato de Turismo y Artesanía de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres.

Continúa este espléndido libro de imagen y palabra sobre ámbitos y paisajes de Extremadura la colección iniciada hace años con *Cáceres, Patrimonio de la Humanidad, Placencia y el Valle de Jerte, Trujillo, crisol de cultura*. Publicaciones destinadas a un público particularmente sensible a las bellezas naturales y monumentales que aún ofrece esta región en los variados rincones de su compleja morfología, donde las amplias visiones de la dilatada penillanura, en la que la mirada puede extenderse hasta las fronteras azules de la lejanía, contrasta con el verdor abigarrado y solemne del bosque húmedo y brillante por el que se deslizan las aguas transparentes de la primavera.

Coria y Sierra de Gata es una extensa colección de buenas fotografías en color debidas a la cámara y a la profesionalidad de José A. Carpin-

tero, José A. Marcos y Juan Luis Casaña, que han sabido captar en sus encuadres toda la realidad policroma y luminosa de esta comarca extremeña, aderezadas con textos literarios de impecable factura de José Antonio Álvarez Pereira y Domingo Frades Gaspar, aliñando en palabras de fácil y placentera lectura las emociones que nos transmiten las imágenes.

El diseño y la maquetación del libro sigue las líneas y proyectos de Boni Sánchez Antón, en los que siempre busca lo sorprendente y atractivo, que tanto éxito ha tenido en los anteriores libros de la colección.

Hay que felicitar por ello a la Diputación Provincial cacereña y a su Patronato de Turismo y Artesanía, que con estas espléndidas publicaciones están haciendo el mejor pregón de nuestra provincia y de nuestra Comunidad Autónoma, propiciando la conservación y el respeto para estos paisajes y lugares, que son más conocidos y queridos de ahora en adelante.

M. C. Q.

Sellers de Paz, Germán, *Cáceres visto por un periodista (veinte mil años de vida)*, tercera edición actualizada y aumentada (1995), Cáceres.

En un notable volumen de 535 páginas, tamaño folio, encuadernación en rústica y portada en sepia, con un montaje de fotografías antiguas de Cáceres, aparece la tercera edición de esta especie de «Miscelánea Cacerense» que compusiera Germán Sellers allá por el año 1964, cuando desde las páginas del diario «Extremadura» se asomaba cotidianamente, como redactor del mismo, al tráfigo provinciano, variopinto y entrañable de esta pequeña urbe extremeña, por la que siempre sintió una afición apasionada.

Aquella primera edición tuvo un éxito sobresaliente; el periodista, que veía y reflejaba a Cáceres, acertó a dar a un libro todo el latido y el calor de su rabiosa actualidad, adornándola con retazos y ráfagas históricas que enriquecían el entramado de noticias, personajes, curiosidades y anécdotas con el que estaba tejida esta larga crónica cacereña.

En 1981 hubo de reeditarse el libro ante la insistente demanda sobre su autor, y hoy tenemos en las manos la tercera edición terminada por el propio Sellers, con nuevas aportaciones y noticias, poco antes de producirse su desaparición de nuestro mundo sensible.

Cáceres visto por un periodista es una especie de película hecha de

retazos de vida, consecuencias salteadas, entrecortadas y pegadas sin orden ni argumento. La historia y la actualidad aparecen amasadas en el mismo barro con textos antiguos, imágenes, procesiones y manifiestos en los que el lector encuentra el único «hilo conductor» posible: la ciudad de Cáceres, sus gentes y sus pecados.

Quizá lo más notable del libro de Germán Sellers sea ese aire de reportaje, de crónica sin fin que le da el periodista; ya que no es un libro de investigación histórica, ni un tratado de sociología de pequeña ciudad provinciana, aunque tenga datos y enfoques que hubieran dado materia para ello.

M. C. Q.

Suárez Sánchez de León, Juan Luis, *El pensamiento de Pedro de Valencia: escepticismo y modernidad en el Humanismo español* (1997), Badajoz, Departamento de Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial.

Tesis doctoral presentada en la Universidad de Salamanca sobre la figura y la interpretación de la obra de aquel ilustre humanista zafrense que fue Pedro de Valencia (Zafra 1555 - Madrid 1620), figura comparable por la riqueza y profundidad de su pensamiento, con Francisco Sánchez «El Brocense» o con Benito Arias Montano, con quien trabajó

en estrecha colaboración, coetáneos y coautores de todo un «siglo de oro» del pensamiento extremeño en la rica época de neodoración del humanismo renacentista, y en la transición dura y forzada del pensamiento español hacia la modernidad del racionalismo filosófico.

Según el autor, Pedro de Valencia es quizá el mejor tratadista que mejor presenta este tránsito, pues su extensa y politemática obra (Academia Amberes, 1596) se mueve entre la religiosidad obligada en los aledaños del siglo XVI y XVII y el agnosticismo racional en la corte del rey Felipe III, que llevaría a la modernidad conceptual de la filosofía racionalista, basada en la crítica y construida con el rigor y la profundidad de un gran conocedor de los autores griegos y latinos.

La interpretación que Suárez Sánchez de León hace del pensamiento de Pedro de Valencia a partir de una puntual reflexión textual y filosófica de toda su obra es, a la vez, atractiva en su composición y rigurosa en sus conceptualizaciones; adorando aspectos del humanismo cristiano y del escepticismo racional, que resultarían farragosos e incomprensibles de no cuidarse —como aquí se hace— la correcta expresión con una redacción limpia y sencilla.

El libro en sí es de notable interés, en cuanto aportación fundamental para el conocimiento de esta singular figura extremeña, tan escasamente conocida hasta ahora en la propia región, en la que conoció y vivió la mayor parte de su vida, sino porque

recoge y analiza las tensiones intelectuales y sociales de su época e, incluso, las viejas cuestiones filosóficas que habían animado el mundo del pensamiento en la Antigüedad y en el Renacimiento.

La edición realizada por el Departamento de Publicaciones de la Excm. Diputación de Badajoz es cuidada, cómoda para su lectura o para su conservación en los anaqueles de las bibliotecas y con esa dignidad sobria de los libros que se editan para ser consultados.

M. C. Q.

González Castell, Rafael, *Los amigos de Colín* (1997), Badajoz. Departamento de Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial.

Edición facsímil de la colección de dibujos infantiles y fábulas redactadas por este ilustre periodista madrileño, que fue secretario de Ayuntamiento en los municipios de Montijo y Oliva de la Frontera (Badajoz).

Aprovechando las series de «pecados capitales», «virtudes» y unos «postulados sociales» muy boyantes en los años en que se prepara el cuaderno (1941), el autor compone con sus graciosos y ocurrentes versos una serie de cuentos o fábulas de animales con los que se propone remedar la obra de Esopo, Iriarte, Samaniego y otros fabulistas puestos en boga por los editores

infantiles —como Calleja— y por los maestros de la posguerra, preocupados de la remodelación ética y cristiana de sus alumnos.

Rafael González Castell dedica este trabajo a sus hijos, y para hacerlo más atractivo y convincente lo ilustra con ocurentes dibujos de fuerte colorido «naif» y una expresión ingenua y atractiva, que aumentan notablemente el interés de la publicación.

La edición, muy cuidada en calidad y detalles, ha sido pensada como pieza de coleccionista y por ello se presenta casi en un estuche de cubiertas rígidas, como sin duda serán los originales, y respetando toda la viveza y originalidad del autor.

Un acierto editorial.

M. C. Q.

Trigo, Felipe, *La de los ojos de uva* (1997), Badajoz, Diputación Provincial.

La Colección «Clásicos Extremeños» acoge en esta ocasión una obrita social, crítica, veleidosa e intranscendente de Felipe Trigo, no muy conocida, tampoco excepcional como pieza representativa de este novelista vilanovense, pero que sirve de motivo para que Anabel Sainz Ripoll haga un interesante estudio preliminar de la personalidad y obra de este autor, así como una interpretación semiótica de la propia novela, que nos pone en las pistas más actuales de análisis

literario, a la vez que desentraña los arcanos más ocultos de la composición novelística o teatral, por encima, incluso, de las intenciones de su autor.

M. C. Q.

Pecellín Lancharro, Manuel, *Científicos extremeños*.

Universitas Editorial, la única empresa privada del ramo que ha conseguido consolidarse en Extremadura, programó hace cuatro lustros una serie de publicaciones para dar a conocer todas las noticias relacionadas con la región. A ese objetivo responde su «Biblioteca Popular Extremeña», donde han ido apareciendo estudios sobre la historia, geografía, literatura, arte, refranero, gastronomía, música... de esta Comunidad. En la misma se incluye la obra de F. Teixidó sobre los científicos que vieron la luz en este territorio periférico, secularmente aislado, sin centros de enseñanzas superiores, ni burguesías cultas, dominada por caciques rudos, con escalofriantes tasas de analfabetismo, centrada en la agroganadería, es decir, carente de las condiciones objetivas que puedan inducir a sus hijos hacia la investigación. ¿Puede hablarse, entonces, de científicos extremeños?

Como bien se conoce, la misma cuestión, aunque por motivaciones en parte diferentes, se plantea a finales del XIX refiriéndola a España. Menén-

dez y Pelayo, con sus inmensos saberes, publicó los tres notables volúmenes de la *Ciencia Española* para sostener la respuesta afirmativa. Se dice, no obstante, que cuando Unamuno leyó el trabajo del polígrafo santanderino, aquella impresionante nómina de figuras hispanas le hizo exclamar: «Ahora sí me convenzo... de que no hubo ciencia española». Lo peor que podría ocurrirle al meritorio trabajo de F. Teixidó es que los lectores terminasen, si no con la hipérbole unamuniana, con una cierta sensación de desaliento. Efectivamente, empeñarse en incluir como científicos a Hernán Cortés, Cieza de León, Sorapán de Rieros o al mismo Roso de Luna (tan amante del «método analógico», lo mas contrario a la ciencia en sentido clásico, donde dice situarse el autor) es dejarnos, por lo menos, en la duda. Por otra parte, más que discutible es la perspectiva antes citada, que excluye del estatuto epistemológico saberes hoy de tanto rigor, documentación, coherencia lógica y método (las únicas condiciones indispensables en ciencia) como la historia, la bibliografía o la lingüística, donde Teixidó hubiese podido seleccionar —él lo sabe— extremeños de relevancia internacional.

Los encuentra, desde luego, e importantes, incluso en la perspectiva reduccionista que, supuestamente, ha elegido: «ciencias exactas, naturales y sus aplicaciones», donde no descubre uno cómo encuadrar, según señalé, a bastantes de los seleccionados. Mucho más a gusto se hubieran podido hallar aquí otros nombres cuyo silencio no se

entiende. Hablo, sin ánimo de exhaustividad, de geógrafos (E. Hernández-Pacheco), químicos (E. Lozano), astrónomos (P. Carrasco Garrorena), matemáticos (L. Alcaraz) o ingenieros (J. L. Doncel), por nombrar sólo a ya fallecidos, según la línea de la obra. Hace algunos años, el animoso estudio de F. Teixidó nos hubiese resultado alentador. Hoy, pese a sus méritos indudables, no deja de producir un punto de frustración y desconcierto.

Reyes Huertas, Antonio, *Estampas Campesinas extremeñas*, Campanario, B, Fondo Cultural Valera, 1997.

Antonio Reyes Huertas (1887-1952) fue un escritor fecundo y polifacético. Aparte las labores profesionales como periodista, se inició muy joven en el campo lírico, para pasar después a la novela, con notable éxito de público. Pero, sin duda, donde más adecuadamente desarrolló sus valores creativos fue en esos textos breves, de dos o tres páginas, que son las «estampas campesinas». Bien lo comprendió el lucido Marcos Suárez Murillo, buen amigo del escritor, cuando lo incitaba a que las coleccionase en un volumen, argumentándole que dicha obra valdría más que todas las novelas del de Campanario.

En número superior a dos mil las había ido desparramando éste, siempre sumido en dificultades económicas, por los periódicos españoles (*El Debate*, *El Ideal Gallego*, *Diario de Valencia*, *La*

Verdad de Murcia, Hoy...), lo que hace hoy tarea ardua conocer tan rico conjunto. Mérito grande del «Fondo Cultural Valera», asociación privada que viene funcionando en el pueblo natal del novelista, es haber logrado publicar este volumen antológico, que recoge cuarenta «estampas», según también hiciese en 1978 la desaparecida Editora Nacional. Lástima que un esfuerzo tan encomiable quede afeado por centenares de erratas.

Como bien advierte Inés Isidoro Rebollo, en acertado estudio introductorio, estas composiciones localistas, aunque enraizadas en el costumbrismo romántico, tienen mucho de ensayo sociológico. Y también de reportaje periodístico, mientras el autor se conduce porque observa cómo van destruyéndose un ordenamiento social, unos valores morales e incluso unas estructuras económicas que él ama intensamente. Es acaso la excesiva carga ideológica de Reyes Huertas el mayor enemigo de su obra literaria, mucho más valiosa cuando deja correr a los personajes por el entorno rural, cuyas ancestrales costumbres (religiosas, gastronómicas, productivas, supersticiosas...) tan bien conoce y sabe describir, a veces en ese dulce dialecto de La Serena, hoy prácticamente borrado merced a la igualación lingüística que la escuela, la movilidad social, los medios de comunicación han ido imponiendo.

Formado en el seminario pacense, católico a la antigua usanza, bien relacionado con la jerarquía diocesana de la época, sincero y de induda-

ble honestidad, Reyes Huertas no pudo ver con simpatía el espíritu renovador, las ansias de justicia que alentaban al campesinado extremeño, secularmente sometido a humillaciones insufribles. Si bien reconoce defectos en las clases acomodadas (absentismo, pereza, usura, falta de «caridad» con los pobres), mucho más le inquietan las actividades realizadas por las Casas del Pueblo, los sindicalistas, los comunistas, los *yunteros*... todos los que, finalmente, y sin duda con acciones no siempre acertadas e incluso reprobables (huelgas salvajes, talas, destrucción de cosechas, violencias contra las personas, anticlericalismo primario), buscaban una salida, la reforma agraria, a sus males crónicos. Jamás se percibe en nuestro autor la menor simpatía hacia ese movimiento obrero, que también compuso páginas gloriosas de valor, solidaridad, compañerismo e imaginación por los campos de Extremadura. Reyes Huertas no consigue ver a los campesinos rebeldes más que como víctimas de la ignorancia, la falta de austeridad, la envidia u otras degradaciones éticas, cuando no de unos dirigentes políticos irresponsables y más o menos lejanos.

Con todo, la lectura de este escritor regionalista, de cuidada prosa, siempre será grata para los que gusten conocer, siquiera sea parcialmente, la Extremadura de nuestros mayores, hoy ya desaparecida, para mal y, sobre todo, para bien.

Manuel Pecellín Lancharro

Valle Saldaña, David del, *El Afrodisseo y otras obras jocosas y festivas*. Introducción, edición y notas de Kenneth Brown, con la colaboración de Harm den Boer. Editora Regional de Extremadura, «Serie Rescate» n. 13, Badajoz 1997.

Dentro de la «Serie Rescate» y en una magnífica presentación, la Editora Regional de Extremadura acaba de publicar la obra de Félix del Valle Saldaña, nacido con este nombre en Badajoz, posiblemente en 1699, y fallecido en los Países Bajos en 1755. Aunque nacido en esta ciudad extremeña, de familia de abolengo judeo-portugués, pronto pasó a la actual Holanda (en 1720 ya se encuentra allí estudiando Medicina), donde ejerció como médico, se convirtió al judaísmo e incluso cambió su nombre de pila, Félix, por el de David. Quizá abandonase España por motivos de seguridad, propia o familiar. No olvidemos que Amsterdam se convierte en lugar predilecto de exilio para los judíos de la época. Pero lo más importante es que buena parte de su actividad se centró en la

producción como poeta y dramaturgo en lengua española.

Ante todo, es preciso destacar que se trata de un auténtico «rescate», ya que este literato no se menciona, que yo sepa, en ninguna obra de conjunto sobre literatura en Extremadura o realizada por extremeños. No figura, por ejemplo, en las extensas nóminas¹ de López Prudencio, Díaz y Pérez, Pecellín Lancharro, Terrón Albarrán, Muñoz Cortés, Marcos Álvarez, etc. Únicamente en trabajos específicos sobre literatura sefardí aparecen datos suyos, muy escasos por otro lado².

No son muy numerosas las referencias a Extremadura en su obra. Prácticamente, se limitan en el *Afrodisseo* a una brevísima alusión a Badajoz y al Guadiana:

«Llega a la gran Badajoz, / lo tiero de su deseo, / ciudad que llaman de Dios/ porque allí van en paseo, / las damas de dos en dos».

«La causa que a esto conmueve / es el río Guadiana, / porque aquella que dél bebe / se transmuta en tiempo breve / en Venus con ser Diana» (p. 126).

1 Nicolás Díaz y Pérez, *Diccionario histórico, crítico y bibliográfico de autores, artistas y extremeños ilustres*, Madrid, Pérez y Boix Editores, 1884, tomos I y II; J. López Prudencio, *Notas literarias de Extremadura*, Badajoz, Tip. «Artes Gráficas», 1932; Manuel Pecellín Lancharro, *Literatura en Extremadura*, Badajoz, Universitas Editorial, 1980; Manuel Terrón Albarrán, «Literatura y poesía Bajo extremeña en los Siglos de Oro», pp. 383-477, tomo VI, en *Historia de la Baja Extremadura*, Badajoz, 1986; Manuel Muñoz Cortés, «El teatro bajoextremeño», *ibidem*, III, pp. 481-544; Fernando Marcos Álvarez, «Las Letras en el siglo XVIII», *ibidem*, tomo VII, 903-976.

2 El editor, en la nota 5 de la página 14, menciona los trabajos de Kayserling y de Fuks-Mansfeld.

También señala Brown un posible recuerdo de algún hecho tenebroso y sangriento de su niñez (p. 22).

Escribió Del Valle Saldaña once obras, diez de las cuales se encontraban hasta ahora en manuscrito y sólo una publicada, el *Certamen penitentiale*, que Brown define como «narración poética de tono confesional, personal, de un alma contrita, aunque no exenta de sal» (p. 33). De este conjunto de obras, cinco piezas son de teatro chico, un poema nupcial, un canto antiépico, un extenso cancionero de burlas, un poema elegíaco y un poema fúnebre. El editor, en la Introducción, va definiendo brevemente las características de cada una de estas obras. Destaca el autor por ser un seguidor del barroco tardío, tan frecuente en los primeros decenios del XVIII, por lo que muchas de sus composiciones nos recuerdan enormemente la de los autores clásicos precedentes.

Posee una sólida preparación clásica. Abundan en él, fiel a su trayectoria personal, los lusismos, y no sólo léxicos, sino de frases hechas. Parece incuestionable su dominio de esta lengua.

Del Valle Saldaña muestra igualmente, pese a su lejanía, un profundo conocimiento de la lengua española del momento. Como muestra, baste señalar que su poesía erótica está continuamente cargada de juegos de palabras y dilogías.

Los graciosos de su teatro menor añoran España, prefiriendo, por ejem-

plo, los tonos de una gaita gallega a los de un violín «europeo» neoclásico. Estos mismos personajes consideran que la lengua española resulta ser el mejor portador lingüístico de lo cómico. En *Aplauso de la Paz y Cura de la Comedia*, leemos:

«Aquí llegué deseoso/ (aunque no es Patria extraña) / de oír hacer una comedia/ que tiene aquí mucha fama. / Por ser hecha en idioma / de nuestra española amada / que para el cómico intento / a las otras se aventaja» (p. 304).

El libro, pues, ofrece un gran interés, por su novedad y por el contenido mismo de las obras. Sin embargo, he de plantear una cuestión en la que quizá no nos pongamos de acuerdo ni siquiera los propios especialistas. El editor ha modernizado deliberadamente la grafía de los textos. Lo explica con las siguientes palabras: «El intento ha sido el de preparar una edición gráficamente atractiva que sea asequible al lector no especializado». Es verdad que esta licencia se encuentra cada vez más extendida en ediciones del XVIII. Personalmente, como historiador de la lengua, estoy en total desacuerdo con esta tendencia, pero la respeto. Ahora bien, el editor ha realizado una edición, cuidadosa en otros muchos apartados, que puede quizá servir de base al historiador de la literatura, pero que no es fiable para un historiador de la lengua. Sobre todo si tenemos en cuenta la dificultad de acceso a los manuscritos originales, situados en bibliotecas disper-

sas por varios continentes. Esta ingrata labor de búsqueda y recopilación ha sido magníficamente realizada por Kenneth Brown. Pero nunca estaremos seguros de que nuestro posible estudio no esté basado en conjeturas alejadas de la realidad. Pondré un ejemplo. Cuando David del Valle Saldaña se marcha de España, aún no han tenido lugar las profundas reformas ortográficas que se implantarán con la creación a partir de 1713 de la Real Academia Española y la consiguiente publicación del *Diccionario de Autoridades* entre 1726 y 1739. ¿Conoció el autor desde la lejana Holanda alguna de estas numerosas innovaciones? Dicho de otra forma: ¿Continuó en contacto con la cultura peninsular?

Pero es que además no siempre existe coherencia. Por ejemplo, prefiere restituir sistemáticamente los grupos cultos, que Del Valle Saldaña parece no pronunciar, tal y como era costumbre de época. Así, el editor propone reescribir «doctor», por citar un caso, en todas las ocasiones. Pero, sin embargo, en su obra aparecen formas como «coluna» por «columna». ¿Hay alguna razón para ello?

Kenneth Brown insiste en que su modernización es sólo gráfica y que en absoluto afecta al plano fónico (p. 53). Lamentablemente, no estoy tan seguro. En un momento determinado, se lee: «Desde luego, era puro seseante». No figuran más datos. ¿Significa que el autor seseaba? Ello puede responder a su carácter judeo-portugués o al hecho

de que en Badajoz, en la época (tengo bastantes datos al respecto), se pudiese sesear. Nada podemos concretar, puesto que también aquí ha modernizado, aunque en este caso sí afecta indudablemente al plano fónico.

Pero incluso la grafía no puede cambiarse sin más o sin notas explicativas en algún pasaje. Por ejemplo, Del Valle Saldaña emplea juegos de *metagrafos* a propósito del término «mujer». En la página 136 aparecen dos versiones, una negativa y otra positiva, que consisten en descomponer cada uno de los elementos gráficos de esta palabra. Así, en la primera, la mujer conlleva 'muerte', 'vicio', 'guerra', 'espada' y 'rayo'. En la segunda, 'maravilla', 'virtud', 'girasol', 'estrella' y 'rosa'. Evidentemente, este ejercicio sólo es posible si ha escrito *mvger*, no «mujer». La grafía es perfectamente normal en la época de este poeta y dramaturgo extremeño. Pero la ausencia de la grafía correcta o al menos de una nota explicativa puede conducir a clarísima confusión al lector no especializado al que se dirige el editor.

Se trata, en síntesis, de una magnífica contribución al «re-conocimiento» de un autor nacido en Extremadura, de interés literario y que, como antes destacaba, implica un auténtico «rescate». Sin embargo, creo que la edición ha de ser no sólo cuidada en los aspectos formales, sino también en la recuperación de textos de difícil, por no decir imposible, acceso. Para ello hubiese sido preferible una mayor fidelidad al texto ori-

ginal, que ni siquiera creo que difi-
cultase excesivamente la lectura.

ANTONIO SALVADOR PLANS
Universidad de Extremadura

Presentación de la novela *El Presta* en Malpartida de Cáceres.

El pasado 26 de diciembre tuvo lugar, en la Casa de Cultura de Malpartida de Cáceres, la presentación de la novela corta *El Presta*, de Antonio Gutiérrez Mogollón, ganadora de la XXI edición del premio «Cáceres de novela corta». El acto contó con la presencia e intervención del alcalde de Malpartida, D. Antonio Jiménez, que mostró su satisfacción porque un paisano se alzara con este galardón literario, y del coordinador de publicaciones de la Institución Cultural «El Brocense», D. Marcelino Cardalliaguet, que elogió la importancia y trayectoria de los premios «Cáceres de novela corta». El autor, por su parte, indicó que *El Presta* recoge, a través de los ojos de un niño, lugares comunes a una generación educada en una sociedad rural, con unos valores que hoy están destronados o caducos. «Esta noche, manifestó el autor, *quiero contaros un cuento... Y desde esta plataforma que es la evocación, el relato viste soñeras... Por tanto, debe narrarse desde la hipérbole, lo absurdo, desde el sin sentido o el disparate. Debe, pues, escribirse desde el surrealismo.*»

Ante el 50 Aniversario de la I.^a Exposición del Libro Extremeño.

El próximo día 23 de abril del año en curso se conmemora el I Aniversario de la I.^a Exposición del Libro Extremeño, y esto es algo que evidentemente no nos puede pasar desapercibido a ninguno.

Podemos hacernos una idea del gran esfuerzo que para la sociedad de entonces supuso el aunar tantos criterios y organismos, así como particulares de todos los rincones, para poder presentar a miles de personas lo más sobresaliente del pueblo extremeño.

Así se presentaron más de dos mil publicaciones de todo tipo y contenido, que desde el 23 de abril hasta el 2 de mayo permanecieron juntas como un símbolo de nuestra cultura, que muy pocas veces se podrá volver a realizar.

En mi discreta hemeroteca tengo los detalles de aquel magnífico acontecimiento y que brevemente vamos a recordar.

Se nombraron varias comisiones:

Información.—Sr. marqués de la Encomienda, D. Miguel Muñoz de San Pedro; D. Miguel Ángel Ortí Belmonte y D. Fernando Bravo.

Clasificación.—D. Fernando Marcos, D. Víctor Gerardo García del Camino, D. José Canal, D. Miguel, A. Ortí Belmonte y D. Gerardo Hernández.

Propaganda.—D. Narciso Maderral, delegado de Ediciones Populares de Badajoz, director del diario Extremadura, Director del Hoy y D. Santiago Gaspar Gil.

Organización.—D. Francisco Elviro Meseguer, D. Ricardo Becerro de Bengoa y D. Eleuterio Sánchez Manzano.

El programa de la inauguración fue apretadísimo:

11.00 h. Misa solemne en la S. I. Concatedral de Sta. María.

12.00 h. Inauguración de la Exposición en la Diputación Provincial.

13.00 h. Acto en el Salón de Actos del Ayuntamiento (lugar donde se hizo la Exposición).

14.30 h. Almuerzo en la Huerta del Conde.

Al acto de inauguración asistieron todas las autoridades de Cáceres, así como las de la ciudad de Badajoz, destacando alcaldes, gobernadores civiles y militares, presidentes de las Diputaciones, obispos, presidente de la Audiencia, así como distintos presidentes y delegados de los medios de comunicación.

En la misma jornada de inauguración se rindió homenaje y se tuvo un emotivo recuerdo a D. Tomás Martín Gil (1891-1947), ello por la palabra del gestor municipal D. Fernando Bravo; así como la disertación de D. Antonio

Rodríguez Moñino, erudito catedrático y bibliófilo, sobre la figura del ilustre extremeño D. Francisco de Aldana (1537-1577).

«Ricos reposteros adornan la escalera monumental del Ayuntamiento. Tres magníficos cuadros reciben al visitante: López de Ayala, Carolina Coronado y Espronceda.

En seguida, la sala guatada en carmesí, con vitrinas y mesa en caballete. Dos mil y pico de libros. Un tesoro de magno quilate, que supone la ciencia y paciencia de muchas generaciones, acumuladas en venerables folios.

Ésta es una de la muchas reseñas que aquel día salieron en nuestros periódicos locales. No obstante, y a pesar de tanta brillantez y cultura, hay que decir que algunos denominados «puristas» indicaron que desgraciadamente faltaban algunas obras fundamentales en la formación de la cultura extremeña. Es muy posible que ello fuese cierto, pero desde mi particular punto de vista, pensando únicamente en el esfuerzo que habría que realizar para montar aquella exposición, con ello es suficiente para que todos mostrásemos nuestro respeto y respaldo incondicional, pero desgraciadamente los extremeños somos así.

Sirvan estas humildes líneas para recordar algo que nunca debe ser olvidado.

ALONSO J. R. CORRALES GAITÁN